

## SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

(José Asenjo Sedano)

San Josemaría Escrivá de Balaguer constituye, a mi ver, una novedad en la actualidad católica de nuestro tiempo, abriendo un camino a la contemplación que costó mucho hacerse entender. Y sin embargo, dentro de la Iglesia, no significa nada nuevo, ese camino desde el principio está en el Evangelio. Lo que Dios nos pide son adoradores en espíritu y en verdad y ese es el mensaje que propone el Opus Dei, proclamando que la santidad, la vida contemplativa, es posible dentro de las actividades ordinarias del cristiano. No sólo dentro del convento se hace uno santo, también es posible en la calle, en la familia, en el trabajo... ¡en todas las actividades humanas santificables! “Esta es la voluntad de Dios, que seamos santos”.

¿Y que es la contemplación? Pues es igual a acción de gracias, donación, entrega. Algo que mucha gente desconoce, porque ignora lo que son las acciones de gracias, las jaculatorias, el valor añadido que aporta el trabajo al ofrecimiento realizado a través del sacramento del bautismo, de la misma manera que el sacramento del orden permite transformar sustancialmente en cuerpo y sangre de Cristo, el pan y el vino...

### CONFESIÓN DE UN HIJO DE DIOS

Cuando en junio de 1975 los periódicos traían la noticia del fallecimiento, en Roma, de Mons. Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, nada significó esa noticia para mí. En nada me afectó. La muerte de Escrivá de Balaguer era un suceso de los muchos que se cuentan a diario, un comentario sensacionalista quizá. Lo que yo sabía del Opus Dei, como mucha gente, se refería a algo enigmático, una asociación especial poderosa e influyente, lejos de mí persona. Por lo que, como digo, no cambió mi cotidianidad para nada. ¿O sí?

Sin embargo, estando en Cádiz, un día pasé por una librería, mi parada habitual, y descubrí un librito de edición frágil, con un dibujo a color en la portada de la Sagrada Familia, el título, “*Camino*”. Me interesé por él, no sé por qué. El libro llevaba la firma de José María Escrivá de Balaguer, sacerdote discutido. Quizá por eso lo adquirí, pero no recuerdo si llegué a leerlo. Bastantes años antes, siendo muy joven, en Guadix, mi pueblo, un pariente nuestro, estudiante universitario de Químicas, venido de Granada, miembro del Opus Dei por los años cincuenta, quizá antes, me dio una estampa de Isidoro Zorzano, un ingeniero argentino en proceso de beatificación del que me habló con encomio.. Estampa que guardé sin más entre mis libros. O quizá le encomendara alguna cosa. Ahora no lo sé. Estos son mis antecedentes, si pueden llamarse así, relacionados con la Obra, escasamente conocida en mis ámbitos. Una estampa y un libro. Dos hallazgos, como digo, sin importancia, como hojas que el viento se lleva en su vuelo. Eso es lo que yo creía.

Pasaría el tiempo y, un 26 de junio como aquel de 1975, esta vez de 1983, fallecería mi madre en Guadix, lugar del que apenas había salido en su vida, salvo viajes esporádicos a Granada o Almería. Padres de diez hijos sacados adelante en tiempos difíciles, años de la posguerra, mi madre era mujer religiosa y sacrificada, siempre vestida de negro, ¡tantos sus familiares muertos! Valiente y tenaz en tiempo de guerra y en tiempo de paz, tuvo que habérselas pronto con un hijo, Paco, mi siguiente, con una esclerosis en placas que lo convirtió en un inválido prematuro, un producto quizá de la penuria, años atado a su cruz, siempre orante, mi primer contemplativo conocido en una casa de muchos niños y jaleo, escolar inteligente, que moriría joven, para mí, en loor de santidad. Le visitaban algunos sacerdotes atraídos por sus largas conversaciones sobre la misericordia divina, su tema favorito. No fue fácil su cruz con hechura de silla. Mi madre fue su consuelo permanente, siempre a su lado. Paco conoció con antelación el día de su fallecimiento, que sólo a mí

madre reveló. Niño revoltoso ávido de juegos, al final de su vida se entregó por completo a la voluntad de Dios, su única esperanza. Y en manos de Dios falleció... Estos dos hechos, la muerte de mi hermano y la muerte de mi madre siempre con el rosario en la mano, marcarían mi vida con fuego indeleble. Siempre he tenido la certeza de que ambos han tenido mucho que ver con mi vocación al Opus Dei. Ellos desde el cielo, y aquellas dos semillas insignificantes en apariencia, (la estampa de Isidoro de una tarde de verano, y la adquisición del libro de “Camino”, otra tarde de Cádiz), marcarían los tiempos de mi vida futura, estoy seguro. Una mano oculta iba tejiendo, pese a nosotros, la urdimbre de un tapiz, nuestra vida cara a Dios.

## LA LLAMADA A LA SANTIDAD

Año 2007, 15 de octubre, día de la Santa de Ávila, mi maestra de letras y andaduras místicas, quién lo diría, se cumplieron veintidós años de la admisión de Adela (mi mujer) y mía en el Opus Dei, (1985), decisión que necesita una necesaria explicación, cómo se realizó el paso de la indiferencia a la convicción de una llamada imprevista y personal, que vendría a recomponer nuestro deteriorado tejido espiritual, largo tiempo en el olvido. Ciertamente nunca faltábamos a misa, nuestros hijos hicieron la primera comunión, nosotros mismos asistíamos a alguna charla del colegio o la parroquia por Cuaresma y Semana Santa...Lo que no quitaba que lleváramos una vida como la de cientos de personas honorables que viven su cristianismo de manera rutinaria, superficial, más cerca del paganismo natural que del orden moral y profundo, serio, que exige la condición de bautizados, de hijos de Dios. Hacía tiempo que teníamos abandonadas nuestras oraciones familiares, tesoro de la infancia y mocedad. Nuestros rezos eran escasos o nulos. Buenos, si, no hacíamos mal a nadie, hasta dábamos limosnas, pero no éramos auténticos cristianos, diferencia esencial que muchos no se plantean pensando que con la misa, unas limosnas y unos rezos, basta: la gente de la calle no hemos hecho profesión religiosa. De alguna manera quedábamos excluidos de la santidad heroica, propia de curas y frailes. Ya ellos se encargan de pedir por nosotros. Nosotros éramos simples cristianos ocupados de las cosas del mundo, ocio y negocio, de escasas obligaciones religiosas, todo lo más la santa misa dominical...Entonces, ¿qué?

Pregunta baladí, seguramente necesaria. En la misma vida de la Iglesia, poco papel el de los cristianos laicos, esa masa humana que deambula por los caminos del mundo. ¿Estaba garantizada nuestra salvación migratoria sin más? Toda esa imponente multitud que desfila por la Historia, continentes enteros, ¿teníamos sitio en el cielo? ¿Qué papel el nuestro en ese destino final del hombre? ¿No había dado también Cristo su sangre por estas muchedumbres sin nombre que pueblan nuestras ciudades y calles, personajes sin historia? ¿Se hizo esta pregunta don Josemaría Escrivá, sacerdote joven e inquieto, desde su atalaya de aquel 2 de octubre de 1928, mientras oía el repique de aquella campana milagrosa...? ¿Qué pasaba con nosotros, gente perdida en el afán de cada día, hombres y mujeres, moneda de cambio de los juegos políticos y sociales? La respuesta la obtuvo rápido monseñor Escrivá de Balaguer, que debió meditar muchas veces sobre este asunto. Él mismo lo cuenta: “Recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles (sus notas personales, a las que era tan aficionado). Conmoverme me arrodillé, estaba en mi cuarto, entre plática y plática, di gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles.” ¡La llamada a la santidad es para todo el mundo! ¡Todos estamos llamados a ser santos! Los caminos de la santidad están abiertos y es necesario que se llenen de las pisadas, de personas que corran al gran banquete del cielo...¡Urge pregonar esa llamada!

*“Desde ese momento, contaría otro 2 de octubre de 1962, no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a trabajar, a moverme, a hacer: a poner los fundamentos.”*

*“ La Sabiduría infinita me ha ido conduciendo, como si jugara conmigo, desde la oscuridad de los primeros barruntos, hasta la claridad con que veo cada detalle de la Obra, y bien puedo decir: Deus docuiste me a iuventute mea; et usque nunc pronunciabo mirabilia tua (Ps. LXX, 17), el Señor me ha ido adoctrinando desde el principio de la Obra, y no puedo menos de cantar sus maravillas y luchar para que se cumpla su voluntad, porque está en juego la salvación de mi alma, si no lo hiciera.”*

*“¿Te parece poca locura decir que en medio de la calle se puede y se debe ser santo? ¿Qué puede y debe ser santo el que vende helados en un carrito, y la empleada que pasa el día en la cocina, y el director de una empresa bancaria, y el profesor de la universidad, y el que trabaja en el campo, y el que carga sobre sus espaldas las maletas?... ¡Todos llamados a la santidad! Ahora esto lo ha recogido el último Concilio, pero en aquella época –1928- no le cabía en la cabeza a nadie. De modo que...era lógico que pensarán que estaba loco... Ahora parece natural, pero entonces no era así. A uno que quería ser santo le decían: “Pus, métete... Frandinho”, (respuesta de don Josemaría a una pregunta que le hicieron en una tertulia en Brasil.)*

La novedad, tan antigua como el Evangelio, de las palabras de san Josemaría es que *“la santidad no es cosa de privilegiados, a todos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión u oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad y no es necesario abandonar el propio estado en el mundo para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo. Lo extraordinario nuestro –dirá en otra ocasión- es lo ordinario: lo ordinario hecho con perfección. Sonreír siempre, pasando por lo alto –con elegancia humana- las cosas que molestan, que fastidian: ser generosos sin tasa. En una palabra, hacer de nuestra vida corriente una continua oración.”* Poner en juego los talentos que Dios nos ha dado, santificándonos en el trabajo, haciéndolo materia santa y dimensión social, buscando la santificación de los demás. Pequeñas cosas que, por su elevación, adquieren un valor infinito...Es así, casi sin advertirlo, como vamos correspondiendo al amor que Dios nos tiene, convirtiendo en oro las piedras de nuestro continuo sacrificio, ese Cristo que pasa entre los hombres...

Y es esa entrega permanente, esa donación de nuestra vida pobre e insignificante, esa acción de gracias continua como el latir del corazón, es lo que se llama contemplación, conversación del alma con su Huésped, más si es ofrecida como ofrenda de amor en la Eucaristía, unidos al pan y al vino, transformados en sustancia del cuerpo y sangre de Cristo, nuestro intercesor ante el Padre...Actos de amor, jaculatorias, palabras o miradas, lámpara encendida día y noche delante del tabernáculo...

Quedaba claro que, los caminos de la santidad son también nuestros caminos, ¡que nadie está excluido!, que no basta con parecer bueno, sino que hay que serlo sin extravagancias, sin tener que hacer cosas raras. Nuestra vida diaria, con sus actividades ordinarias, es el campo de nuestra santidad, siempre la flecha señalando el orto, al Dios que viene y alegra nuestra juventud. Dios nuestra fortaleza, el pastor que pastorea su rebaño, el redil de la salvación. ¡ Todos ovejas de su rebaño! ¡Él sólo que conoce nuestros nombres y por nuestros nombres nos llama! ¡Venid a mi todos los que estéis cansados, agobiados...! Si buscamos la felicidad, y es claro que la buscamos, es obvio que Dios es ese encuentro, fuera la ronda del lobo disfrazado de oveja, el maligno traidor con sus llamadas de acecho y codicia, animal de carne estruendoso y fiero que solo busca nuestra perdición para siempre. ¡Y son tantos los que se dejan seducir por sus llamadas engañosas! ¡Por el deslumbre de sus promesas! ¡Tantos los caminos infernales que se abren a nuestro paso!

*“El cielo es lo que importa. Lo demás de nada vale”.* Ese era el mensaje de Josemaría Escrivá que a cada momento venía a nuestra mente: Vivir para Dios. *“Todos los hombres son*

*amados de Dios, de todos ellos espera amor.” Y también: “Todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, quien nos llama a identificarnos con Él, para realizar –en el lugar donde estemos- su misión divina”.*

Convinimos en que nuestra vida tenía que cambiar, que la situación de abandono en que vivíamos, apta para la intoxicación maligna y las fáciles influencias de un mundo corrompido y hedonista, había que excluirlo de nuestra vida y retornar al amor de Dios, fuente y faro de salvación. Única felicidad posible. No ha otra. Para ello tendríamos que recuperar nuestras oraciones, volver a los sacramentos, al rosario secular, arma poderosa donde la Virgen, madre de Dios, nos esperaba. Había que regenerar el tejido nervioso de nuestra vida de piedad...De forma que el tapiz polvoriento de nuestra vida cristiana recuperara su color y su brillo, haciéndose visible la imagen de Cristo borrada por nuestros pecados y olvidos, Cristo paciente y amoroso, el rostro de Cristo Rey que, con su sangre, nos limpiaba de la miseria cotidiana, nos devolvía al estado límpido y original. ¡Nos volvía a los años gozosos de nuestra niñez, aquellas visitas escolares al Santísimo, los días del mes de mayo en torno a la Virgen luminosa vestida de flores! ¡Qué alegre encuentro! ¡Qué resplandor en el amanecer de la mañana! Y empezamos a sonreír...Decidimos entonces, visitar los santuarios de María: Fátima, Lourdes, La Encarnación de Nazaret, Belén, el Pilar, Montserrat...¡tantos! En cualquiera de nuestros pueblos, por desconocido que sea, allí se guarda y se venera esa imagen de María de rostro sonriente con su Hijo en los brazos, siempre madre...Cualquiera de esos lugares, por humilde, se puede convertir en lugar santo de peregrinación mariana...

“Todo este horizonte –en palabras de Mons. Javier Echevarría- lleva consigo también una aventura: la aventura de convertirse, de amar a Dios con “todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” y al prójimo como a uno mismo, en el quehacer cotidiano”. “En todo instante hay que buscar al Señor, encontrarle y amarle. Encuentro que se realiza –seguirá diciendo el prelado- en la oración, en la Eucaristía y en los demás sacramentos de la Iglesia; pero también en el cumplimiento fiel y amoroso de los deberes familiares, profesionales y sociales propios de cada uno.”

¿Qué había pasado? Ocurrió que Dios, que es Padre sobre todo nombre, tuvo compasión de nosotros y un día nos salió al paso y nos llamó por medio de la voz de uno de nuestros hijos que, insólitamente para nosotros, nos sugirió el encuentro con Josemaría Escrivá de Balaguer, al que quizá ni él mismo conocía, acudiendo a un centro de la Obra a ver una de sus películas, ver y oír una de sus tertulias. Sabríamos después, gozosa comunión de los santos, que había muchas personas que rezaban por nosotros desde hacía tiempo, oraciones que nos causaban inquietud, no se qué desasosiego como de alguien que nos hablara por dentro, la queja de alguien que llamara a nuestra alma como aquella del Soneto anónimo de nuestro Siglo de Oro, voz que insistía en que le abriéramos la puerta de nuestro olvido, que la noche era llegada, arreciaba el viento y la lluvia, y el Amado fenecía anhelante, lastimado de amor, pidiendo nuestro auxilio... No podía ser, Señor, seguro que te equivocabas de puerta, ¿quiénes éramos nosotros para que como mendigo cubierto de frío, hambriento, llamaras a nuestra casa rogando la limosna de nuestro amor perdido? Eso no podía ser, te decía lo mismo que Pedro cuando quisiste lavar sus pies: Pero Señor, ¿no te das cuenta de que equivocas los papeles?; Es a mí a quien le toca mendigar, suplicar y llorar, puesto que el perdido soy yo, hijo pródigo al fin! No dejabas de insistir y, pese a la oscuridad de la noche, te abrimos la puerta y entraste con vestido de Amado en nuestra casa, en nuestras vidas anhelantes deseosas de recibir el amor que nos trañas, tus ropas de escarcha y de rocío, cordero manso hendido en el costado, cordero lechal dispuesto al sacrificio...

Fue cuando comenzamos a conocer de veras a Josemaría y, pronto sabríamos, por experiencias interiores, que éramos hijos de su oración. Que nada de aquello era casual, juego del destino, que Dios nos tenía anotados en su libro de amor desde la fundación del mundo y

que ese sacerdote vilipendiado, sin conocernos, desde al amor infinito de Dios, había rezado por nosotros, gente olvidada...Por eso pedimos nuestra admisión a la Obra aquel 15 de octubre, y nos propusimos conocer la vida y la obra del Fundador, el mensaje de su oración gozosamente vivida: nuestro caminar tomaba el plano de lo eterno y comenzó a recomponerse nuestro tejido deshilachado, el dibujo de nuestra fe primigenia, el capullo que sabiamente tejía la paloma divina...

## LO QUE IMPORTA

Lo primero, lo que importa en la vida, *“es ir al cielo: Si no, nada vale la pena”*. Aviso a tener en cuenta, sabio consejo. Nos invitaba a un ajuste de horario, poner la flecha de nuestra brújula en rumbo, enflechar el orto de nuestro camino, ese amanecer que todo lo alumbraba. Navegar en nave segura. Con buen rumbo. ¡Ay, la Iglesia! Romper esos densos nubarrones de las amenazas enemigas, sortear las escaramuzas de un enemigo prepotente, amo del mundo, dispuesto a no soltar su presa magullada. Un enemigo conocedor de nuestra vida, maestro del engaño, explotador de nuestro orgullo. Enemigo que no fácilmente nos soltaba de sus fauces de lobo feroz. Nos humillaría, nos despojaría de privilegios, en la vida y en el trabajo. Perderíamos amigos y honores. Era un camino contracorriente que nos quitaba la felicidad. Vino la enfermedad, la prueba necesaria, la cruz esperada a seguir...La sentencia del Fundador sobre el cielo nos ponía contra la pared, emplazándonos a una lucha que veíamos desigual, Goliat con sus armas frente al David de solo su honda, el brazo oculto de Dios en la mañana...¡Todo el ejército enemigo expectante, aguardando la derrota! Cayó Goliat, pero el enemigo no cesó en su persecución, en sus terribles zarpazos... Cuando todo parecía perdido, venía pronto el aviso firme y reiterado: *“Mirad: lo que hemos de pretender es ir al cielo. Si no, nada vale la pena”*. (*“Es Cristo que pasa”*).

Vendrían después otros avisos que ponían barruntos de esperanza en nuestra vida. Cirros dorados como plumas de ángeles. *“Dedica, sin regateo, el tiempo necesario a la oración; acude en ayuda de quien te busca; practica la justicia, ampliándola con la gracia de la caridad”*. (*“Es Cristo que pasa”*). Quizá el más comprometedor, el más directo, el punto uno de Camino: *“Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso. Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor”*. Frases, notas, que eran como florecillas que nos salían al camino de nuestras lecturas, campo de verdor, refulgente, en el que el alma encontraba su remanso más tranquilo y luminoso. ¿Eran esas las verdes praderas del cielo? ¿Significaba esto un nuevo caminar? Dios nos esperaba en la orilla, junto al mar, con los pececillos de la pesca en sus manos...”Venid a retiraros conmigo en un lugar solitario, y reposareis un poquito...”

*“Al recordar esta delicadeza humana de Cristo, que gasta su vida en servicio de los otros, hacemos mucho más que describir un posible modo de comportarse,”*- nos decía san Josemaría, Punto 109, saliéndonos al paso, *“Es Cristo que pasa”*.- *“Estamos descubriendo a Dios.”* Y nos dirá con palabras de sentido amor que *“Dios nos llama a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida familiar...”* ¡Es aquí, en ese escenario, donde Dios nos quiere! ¡Conoce nuestras limitaciones, nos ama con amor de Padre que conoce las angustias y penas de sus hijos que se esfuerzan y fracasan tantas veces en esa pelea de su vida ordinaria! Parece como si dijese: Yo soy que eres una calamidad, pero eres hijo mío, has salido de mis manos, te ha contaminado el mundo con sus mentiras y miserias y yo trato de salvarte una y otra vez, ya ves como sangre...Soy una fuente de misericordia que nunca se agota, la voluntad de mi Padre es que seque la sed de los sedientos, beber todo el dolor humano, daros agua de la fuente del manantial que no se agota y da vida eterna, lavarte con mi sangre que cura y salva...

## LA VOCACIÓN

Leí en ese libro que viniera a mis manos y ahora se hacía vivo: *“No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido hacerte. Agradécesela.”* A estos pensamientos, venían sobre mí otros del mismo libro que hablaban de locura, de fuego, de sal, de apostolado... Pero Señor, ¿tú sabes quien soy yo? ¿Es a mí a quien hablas? Yo sólo soy un pecador, y lo sabes perfectamente, un siervo inútil incapaz de hacer nada a derechas, todo en mí es un mal tejido, un telar deshilachado, una voluntad sin fuerza y, sin embargo, me hablas de “sal de la tierra”, mi sal desvirtuada, mi nula voluntad... ¡Si todo lo tienes que poner Tú! ¡Siempre te ha tocado ponerlo todo en mi vida! ¿Acaso hay algo bueno en mí que no sea tuyo? Tú mismo, por caminos torcidos, por sendas tenebrosas, me trajiste al Opus Dei, tu llamada. Aquí estoy Señor para hacer lo que me pidas, pero bien sabes que soy un siervo inútil... ¡Bien lo sabes! Todo en mi vida ha sido un sembrado estéril, un campo sin verdor...

Salimos del centro ( al que nuestro hijo nos llevó), la tarde caía ya, aturcidos, sin comprender qué nos pasaba, tiempo de silencio que duraría meses, mientras leíamos las Obras de San Josemaría empapándonos de sus palabras, su experiencia espiritual, su lucha interior, indicándonos la ruta de nuestra nueva vida... No sé cómo, porque ninguno de los dos nos atrevíamos, una tarde nos pusimos a rezar el santo rosario, venablo fino, y María salió a nuestro encuentro, y como Juan, la introducimos en nuestra casa, le hicimos un lugar en nuestra vida. No se hizo rogar, se adelantó a nuestras súplicas, mujer al fin cariñosa, nos tranquilizó con sus sonrisas maternas, nos habló con amor de su Hijo, nuestro Hermano, dijo, porque, como dice san Josemaría, si buscáis a María, encontraréis a Jesús. Y aprenderéis a entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada...” Conoce nuestras necesidades. Porque también somos hijos suyos. Fue así como comenzó nuestro trato con Ella, su imagen ocupa desde entonces nuestro centro familiar, es el canto cotidiano de Adela desde su enfermedad, la Virgen y el Niño, canción que en su boca se hace gemido de amor que traspasa el cielo... A través de ella encontramos a Jesús, así lo buscamos en nuestro viaje a Tierra Santa: Muéstranos a tu Hijo, le pedíamos. Y nos lo mostró en Belén, como a los pastores... ¡Miradlo! ¡Ved cuan hermoso es! Ella es nuestro modelo, dulce nombre en nuestros labios, como no podía ser de otra manera, vino para rehacer nuestro vida espiritual, abrir la puerta tanto tiempo cerrada de nuestro corazón prisionero, elaborando dulcemente con sus sonrisas y palabras, la más humilde de las mujeres, ¡la que creyó!, las rosas de nuestro regreso al amor de Dios, lo más grande que pudo sucedernos, “¿de qué, que venga a nosotros la Madre de Dios? ¡Bendita tú que has creído lo que se te dijo de parte del Señor!... ¡Todas las generaciones te llamarán bienaventurada!”

¡Que Dios Padre misericordioso nos esperara en la puerta de su Casa, a nosotros, hijos de su memoria, pródigos perdidos, y nos atrajera al abrazo de su Amor feliz con lágrimas de sus ojos y besos de su boca...! Todo eso se nos anunciaba con barruntos de esperanza, de vida interior, el cielo nimbado de fulgores, que no eran otra cosa que ángeles anunciándonos la alegría del cielo y de la navidad... Empezamos a entender, estrenábamos traje nuevo, nuestros harapos quedaban en el suelo arrastrados por la escoba... Eso ocurriría aquel 15 de octubre de 1985, día de Santa Teresa de Jesús, nuestra intercesora. Ese día, Josemaría Escrivá se dio a conocer como Padre nuestro, con muestras visibles de padre cariñoso, nosotros fruto de su oración...

Fue así, como sucedieron las cosas. Cómo nuestra vida perdida fue encontrada, cómo nuestros labios se hicieron ardientes, la palabra de Dios era un licor precioso, bebida de ángeles, y nuestro tapiz recobró su hechura y color, señal inequívoca de nuestra vocación que durante meses se barruntaba en nuestro horizonte con nubes clamorosas cuyo sentido no terminábamos de entender. ¿Qué era lo que se nos anunciaba? ¿Qué significaban esos cirros

color de rosa en el cielo azul, luminosas formas, ángeles o pastores, como si Dios con su mano se entretuviera dibujando nuestros nombres, fácilmente legibles, en las estrellas? Fue un presentimiento que cada día se hacía más nítido pese a desgracias familiares, pese a malas noticias, una voz cariñosa, nos decía: Pasad, no os quedéis en la puerta, todos los días, ¡toda la vida!, os esperaba...la mesa está puesta, yo mismo os serviré...

Volvía el consejo insistente: *“Mirad: lo que hemos de pretender es ir al cielo. Si no, nada vale la pena”*. Fue la frase que vino a señalarnos la ruta. Así, para siempre. Y todo por la gracia de Dios...

## BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ.

El 17 de mayo de 1992, como hijos de su oración, asistimos en Roma a la beatificación de don Josemaría Escrivá de Balaguer, viaje inolvidable desde Almería recorriendo la primavera del litoral Mediterráneo, Francia, los Alpes, Italia, hasta la campiña romana. Un grupo maravilloso de familias y miembros de la Obra, que celebrábamos nuestras eucaristías al atardecer de cada día en los hermosos paisajes franceses e italianos, en sus verdes campos, en alguna gasolinera, siempre el mar a nuestra vista. Acampamos al sur de Roma, en plena campiña, al frescor de los viñedos y los ruidos agrícolas. ¡Qué gran día aquel 17 de mayo, la Plaza de San Pedro desbordada por el casi un millón peregrinos de todo el mundo, eufóricos bajo las columnas del Bernini escuchando la voz recia del Papa Juan Pablo II leyendo la fórmula de Beatificación de Josefina Bakhita, virgen, Hija de la Caridad, y de Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, Fundador del Opus Dei! En nuestros oídos los ecos de aquellas palabras de san Josemaría, siempre presentes: *“Seguir a Cristo: este es el secreto. Acompañarle tan cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos”*.(“Amigos de Dios”, 299). Hermoso día aquel, nuestra visita al atardecer a la iglesia de san Eugenio a Valle Giulia para venerar las reliquias del Beato, la noche estrellada, el clamor de la Roma histórica, cristiana, volteada de campanas, noche llena de rumores y palabras...

*“Eleva el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el Santo Fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares. Él continúa recordándonos la necesidad de no dejarnos atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior”*, palabras de Juan Pablo II.

No pudimos estar en Roma, como hubiéramos querido, el domingo 6 de octubre de 2002, sí estuvimos en espíritu por medio de la TV, en la canonización de Josemaría Escrivá, san Josemaría Escrivá, también por el Papa Juan Pablo II, culminación de su camino de entrega a Dios, porque, como no se cansaba de repetir, “ir al cielo, es lo que importa; lo demás no merece la pena...”

*“San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación. Se puede decir que fue el santo de lo ordinario”* Palabras de Juan Pablo II, el 7 de octubre de 2002, en una audiencia en la Plaza de San Pedro.”*Este santo sacerdote enseñó que Cristo ha de ser el ápice de toda actividad humana (cf Jn 12,32). Su mensaje –seguirá diciendo– mueve al cristiano a actuar en los lugares en los que se modela el futuro de la sociedad. De la presencia activa del laico en todas las profesiones y en las fronteras más avanzadas del desarrollo ha de derivar forzosamente una contribución positiva*

*al fortalecimiento de esa armonía entre la fe y la cultura de que tan necesitado está nuestro tiempo.”*

En nuestra aproximación a su vida, mientras pudimos, visitaríamos su ciudad natal, Barbastro, la catedral y la casa de la plaza del Mercado, Torreciudad sobre todo, castillo espiritual mariano sobre el verde de las aguas del pantano del Grado, allá el Pirineo aragonés, leeríamos sus libros, cartas y meditaciones, palabra viva y penetrante sobre muchos temas...

*“El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine...”* ¡Somos hijos de Dios, *“portamos la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras...”*, nos dirá en Forja, 1.

Días antes de su muerte en 1975, diría a un grupo de fieles de la Obra:

*-“Estáis comenzando la vida. Unos comienzan y otros acaban, pero todos somos la misma Vida de Cristo: ¡Y hay tanto que hacer en el mundo! Vamos a pedirle al Señor, siempre, que nos ayude a todos a ser fieles, a continuar la labor, a vivir esa Vida, con mayúscula, que es la única que merece la pena: la otra no vale la pena, se va, como el agua entre las manos, se escapa. En cambio, ¡esa otra Vida!...”*

*“¿Qué queréis que os diga? Ya os lo he dicho siempre: que habéis sido llamados por Dios para que seáis santos, para que seamos santos, como enseñaba san Pablo. Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto: esas son las palabras de Cristo...”*

*-“Entendí que la filiación divina había de ser la característica fundamental de nuestra espiritualidad: Abba, Pater! Y que, al vivir la filiación divina, los hijos míos se encintrarían llenos de alegría y de paz, protegidos por un muro inexpugnable; que sabrían ser apóstoles de esta alegría, y sabrían comunicar su paz, también en el sufrimiento propio o ajeno. Justamente por eso: porque estamos persuadidos de que Dios es nuestro Padre...”*

Alma contemplativa, maestro de contemplativos, insistía en que es del todo necesario que la vida del cristiano sea esencialmente, ¡totalmente!, eucarística. *“Alma de Eucaristía!”* Le gustaba hacer –confesaría a uno de sus hijos- actos de fe explícita en la presencia real de Jesús Sacramentado. *“¡Jesús, te adoro!”* Consideraba a la Eucaristía prenda segura de nuestra esperanza. *“Nos insistía a Mons. Álvaro del Portillo y a mi –cuenta Mons. Javier Echevarría, actual Prelado de la Obra- que no pasásemos delante del Tabernáculo, sin decirle que le queréis con toda el alma, que queréis custodiarle en vuestros corazones, que le agradéis su presencia en el Sagrario para consuelo nuestro, que nos ayude con su fortaleza y su omnipotencia y, después de hacernos estas consideraciones, agregaba, yo lo hago.”*

*“Te doy gracias, Dios mío, porque desde joven me has hecho entrever la maravilla del Amor desde el misterio de la Eucaristía”*, solía repetir.

Desde el amor y la oración de san Josemaría, también nosotros, desde el silencio y la desmemoria, desde esa presencia oculta y manifiesta de Dios, damos gracias al Señor porque, como él tanto repetía, *ir al cielo es lo que importa...* Gracias a san Josemaría por enseñarnos a buscar el Rostro de Cristo, nuestra contemplación...

JOSE ASENJO SEDANO, Novbre. 2007